



LEONOR DE CASTILLA.

CRONICA DEL SIGLO XII.

I.

UNA bella pero calurosa mañana del mes de julio de 1252 se hallaban reunidas en el jardín del palacio real de Toledo varias señoritas que en el oro de sus cinturones, en los ricos trages que enian puestos, y sobre todo en cierto movimiento de cabeza

dulce á la par que noble, daban á conocer pertenecían á una clase muy elevada.

En efecto, todas aquellas jóvenes eran hijas de los caballeros mas ilustres de Castilla, y camaristas de la noble esposa de Alfonso X, llamado *el Sábio*.

En medio del enjambre de doncellas, sobresalía una, no por su traje, que se diferenciaba muy poco del de sus compañeras, sino por la especie de culto que estas le rendían. Apoyada en el brazo de una joven que quizá no tendría veinte años, la mencionada niña estaba triste y pensativa, ora fijando sus distraídas miradas en alguna flor, ora clavando sus hermosos ojos en las paredes del palacio, como si examinase su caprichosa y gótica arquitectura.

—¿Qué teneis, señorita Leonor? le preguntó la camarera mayor, estrechando contra su seno la blanca mano de la niña, quien, aunque de delicadas é infantiles formas, llevaba grabado en su frente el sello de la reflexion.

—No lo sé, respondió Leonor lentamente; lo cierto es que estoy triste.

—¿Teneis algun mal presentimiento?

—¿Y de qué! demandó la niña fijando en Isabel sus azules y serenos ojos.

—Poseo un secreto, señora Leonor.

—¡Un secreto! ¿y por qué no me lo revelas, querida Isabel?..

—Porque es un secreto muy grande, y si el rey vuestro hermano y mi señor supiese que os he hablado de él, me regañaría de lo lindo; y no sé por qué, pues en mi concepto cuando se trata de casar á una persona, se le debe decir antes que á nadie.

—¿Quieren casarme, Isabel?... Si no tengo mas que trece años, dijo Leonor sorprendida.

—No importa, señora, cuando la política lo exige, se casa á los parientes de los reyes sin tener en cuenta su edad.

Un extraño personaje, que apareció de pronto en el jardín, fué á cortar el coloquio de las dos jóvenes: era un hombre de alta estatura y vestido á la usanza de los nigrománticos de aquel tiempo; cubría su cabeza un gorro puntiagudo; una larga túnica de lana forrada de pieles envolvía su cuerpo; calzaban sus pies toscas sandalias, y una larga y nevada barba ocultaba parte de sus facciones, descendiendo hasta la cintura.

Rodeáronle las doncellas, diciéndole:

—Señor nigromántico, decidnos la buena aventura.

—El cielo cumplirá el primer voto que forméis, dijo el hechicero á una.—Es preciso dominar todos los pesares que os puedan sobrevenir, dijo á otra.—Vos esperais noticias que no tardarán en llegar.—Vos saldreis bien de vuestras empresas.

—No os fieis de todo el mundo.—Los placeres que disfrutais os harán olvidar las penas que antes hayais pasado.—Vos sereis feliz en la vejez.

Al mismo tiempo que el sabio personaje ensartaba esta lección de predicciones, se acercaba á Isabel de Lara, quien se quitó el guante presentando la mano al adivino para que pudiese leer en ella.

—Os casareis con un extranjero, dijo con gravedad.

—Si soy casada... dijo Isabel sonriéndose.

—¡Pues bien! en segundas nupcias, repuso secamente el nigromántico.

Y se encaró con la hermana del rey, la cual bajó los ojos fascinada sin saber por qué, y confusa hasta el extremo.

—Y vos, noble hermana de Alfonso X, dijo inclinándose ante Leonor, ¿no quereis que os describa el velo del porvenir?

La niña tendió su mano sin decir una palabra, y el adivino la estrechó entre las suyas, diciendo con galantería:

—A mano tan linda conviene un cetro, á talle tan esbelto un manto real, y á frente tan pura una diadema. ¿Trocariáis, añadió en voz baja, vuestro sombrerillo de color de rosa por una corona de reina?

—Si esta fuese la voluntad de Dios y de mi noble hermano, respondió Leonor con ingenuidad, ciertamente no lo sentiría.

—¡Pues bien! dijo el adivino en tono respetuoso, antes de una hora sereis princesa de Inglaterra, ¿y quién sabe lo que sucederá despues?

Y al mismo tiempo un gran tumulto de voces y de caballos turbó la calma del palacio, oyéndose éstas palabras: ¡*el rey, el rey!* No queriendo las jóvenes que las vieran con el nigromántico, se dispersaron al instante, y Leonor se disponía á seguirlas, pero el mágico la detuvo, fascinándola con sus miradas de águila.

II.

Luego que Isabel se halló sola en el jardín con el nigromántico, iba á pedirle cuenta de la audacia que mostraba deteniéndola así, cuando le vió sacar de la manga de su larga túnica un pequeño brazalet de terciopelo encarnado, bordado de oro y sembrado de piedras preciosas, del cual pendía una reliquia con la imagen de la virgen.

—Antes de dejaros, permitidme, señora, que os ofrezca un talisman contra los males que el destino pueda prepararos. Tomad esta joya y ocultadla á todas las miradas: consagrada con la sangre de un mártir, el piadoso ermitaño que me la dió dice que es un preservativo contra toda clase de infortunios.

—Y entonces ¿por qué os privais de ella, señor? le dijo la niña sencillamente.

—¡Ay! muchas veces los peligros que rodean á los príncipes esceden á las miserias de una vida oscura y pobre. Guardad este talisman, y acordaos del nigromántico, que acaso vendrá algún día á reclamároslo.

Obedeciendo á un poder natural que provenía del prestigio que en aquellos tiempos rodeaba siempre á tan misteriosos personajes; Leonor tomó el brazaletes, y se lo ató á la muñeca; pero cuando alzó los ojos para dar las gracias al nigromántico, ya este había desaparecido. Atemorizada la princesa, y como para buscar un apoyo contra su miedo, besó la reliquia, dirigiéndose hacia el palacio.

Isabel de Lara le salió al encuentro, diciéndola:

—Venid, señorita, que está aquí mi rey y señor, acompañado de un numeroso cortejo, y de varios enviados igleses. Venid, que preguntan por vos.

—¿Para qué me necesitan? preguntó Leonor; pero la de Lara se la llevó consigo sin responder una palabra.

Y aquí, amabilísimas niñas, pues á vosotras dedicamos esta verídica relacion, nos vemos obligados á hablar un poco de *historia*; pero tranquilizaos, porque no será muy largo lo que digamos.

Alfonso X, hijo del gran rey Fernando II de Castilla, á la muerte de éste subió al trono con aplauso general del pueblo, porque el jóven monarca poseía grandes virtudes, era muy instruido en las ciencias y en las artes, y habia dado pruebas de extraordinario valor. Declarada la guerrá entre el rey de Castilla y Enrique III de Inglaterra, por mediacion de la corte de Roma se ajustó la paz, debiendo la princesa Leonor, hermana de Alfonso, casarse con Eduardo hijo de Enrique, á cuyo efecto envió á España este rey una brillante embajada compuesta de los señores mas ilustres del Reino-Unido.

Para asistir, pues, á la ceremonia de la presentacion fué llamada la princesa Leonor, quien se colocó al lado de la reina, pidiendo á la virgen del brazaletes encarnado la calma necesaria para estar con dignidad delante de los enviados.

Despues que estos ofrecieron sus respetos al rey, se adelantaron hacia Leonor, y poniendo una rodilla en tierra la dijo el conde de Cumberland:

—Señora, si Dios no dispone otra cosa, sereis esposa de Eduardo, noble hijo del rey de Inglaterra Enrique III.

—¡Señor! respondió la niña sin inmutarse, si Dios no dispone otra cosa, y es la voluntad de mi augusto hermano que sea esposa del príncipe Eduardo de Inglaterra, lo seré de buen grado.

Y presentando su linda mano á aquel poderoso y erguido se-

ñor, le hizo levantar, conduciéndole con gracia al solio do se hallaba el rey.

—Noble hermano y señor, le dijo, ya habeis oído la proposición de estos señores; ¿dais vuestro consentimiento?

—Sí que lo doy, respondió el rey, y la reina añadió:

—¡Ojalá seais igual á mí!

—Tal vez lo seré, señora, repuso Leonor, besando la mano á la reina; pero siempre os respetaré como si fueseis mi noble madre.

—Será una excelente señora, se dijeron los enviados.

Y muy contenta Lenor, recorría con los ojos el círculo de los enviados ingleses, cuando de repente los fijó casi con espanto en uno de aquellos señores. Su rostro era parecido al del nigromántico, y aunque mucho mas jóven que él sus miradas eran tan penetrantes como las del adivino: la princesa cerró los ojos como para sustraerse al poder de aquella vision; pero cuando los abrió ya el caballero habia desaparecido.

El cortejo de los enviados ingleses desfiló lentamente por delante de la familia real, y en vano procuró Leonor descubrir entre ellos el interesante rostro del desconocido, porque no le vió!

III.

Al dia siguiente determinó el rey salir á una montería, y convidó á ella á todos los señores ingleses, nombrando caballero de la princesa Leonor al noble conde de Cumberland. Al rayar el sol, los soberbios alazanes relinchaban de impaciencia, esperando á los caballeros ó las amazonas que debian montarlos, y á poco estaban prontos á partir el rey, la reina, sus hijos, la princesa Leonor, los grandes dignatarios, los enviados, damas, pages y escuderos.

Un lindo pagecillo presentó á Leonor una magnífica yegua blanca, y en el momento en que esta saltaba á la silla creyó ver en el que la presentó la rodilla para ayudarla á montar al mismo señor inglés, cuyas miradas tenian un extraño talisman; pero sin duda se engañó porque ya en la silla, miró á su escudero estrechando el brazalet encarnado, y solo vió al noble conde de Cumberland.

Soberbio era el dia: la comitiva salió en órden de Toledo; mas luego que estuvo en el campo, animáronse los aficionados á la cacería, desbandáronse poco á poco, y Leonor no tardó en hallarse sola con el grave conde de Cumberland, quien la preguntaba de vez en cuando si queria alguna cosa, aconsejándola moderase el ardor de su corcel. Bien hubiera querido la niña tener á su lado á Isabel de Lara, ó á algunas otras cama-

ristas; pero se hallaban muy lejos, y ya el conde repetía por la vijésima vez su consejo con el mismo tono grave, la misma inflexion de voz hueca y el mismo gesto ceremonioso, cuando de repente un javalí acosado por los perros se arrojó en medio de los caballos crujiendo sus cortantes y agudos colmillos.

Sea que Leonor tuviese miedo y hubiera hecho encabritarse al bridon clavándole la espuela, sea que el caballo se asustase con la aparicion del javalí, lo cierto es que su yegua salió á galope, no tardando en correr á rienda suelta. Llevada por medio del bosque con increíble rapidez, la princesa apenas podia mantenerse en la silla; pero su brazaletes encarnado la prestaba fuerzas, y la idea de que con él no habia peligro alguno, la daba no solamente valor, sino la presencia de espíritu que muchas veces es mejor que el arrojo.

Al fin llegó sin contratiempo á un sitio solitario del bosque, donde el caballo se detuvo de repente, como si hubiese llegado al término de su carrera. La primera necesidad de Leonor fué respirar, porque el viento que le daba de cara habia oprimido su pecho; y en seguida se puso á reparar el desórden de sus vestidos que habia ocasionado tan rápida carrera. Hecho esto, examinó el sitio donde se hallaba no sin admiracion: era una soledad sombría y salvaje jamás tocada por la mano del hombre, y donde gigantescas encinas estendian por do quiera sus frondosas ramas: la yerba, jamás oprimida por humana huella, era verde y espesa; las flores de los campos, mezcladas á las vistosas fresas de los bosques, embalsamaban los aires con sus perfumes, y el mirlo y el ruiseñor exhalaban dulcísimos y melodiosos gorgoros.

Leonor contemplaba embebecida aquel risueño cuadro, respirando con delicia las gratas emanaciones que la rodeaban, cuando oyó los pasos de un bridon, que sin duda no podia ser otro que el del ceremonioso caballero á quien la habia confiado su hermano. Volvió la cabeza con despecho, y descubrió á un jóven con el traje de los escuderos del embajador, y cuyos rubios cabellos se mecian blandamente al soplo de la brisa.

Luego que entró en el bosquecillo, apeóse el caballero, y descubriendo su cabeza con respeto, fijó en la princesa sus ojos, y esta se quedó sobrecogida, porque era la vision que la traía inquieta. Sus ojos tenian la expresion del nigromántico, al mismo tiempo que la dulzura de las miradas del señor desconocido y del escudero que la ayudó á montar aquella mañana.

—Señora, dijo en dulce tono, muchos caballeros recorren el bosque, buscando unos á la princesa de Castilla y otros á la futura esposa de Eduardo de Inglaterra: ya que he tenido yo el honor de encontraros, ¿me permitireis que os acompañe hasta llegar á donde se halla vuestro noble hermano?

La niña saludó por toda respuesta, y cogiendo las riendas salió del bosque al lado del caballero, quien montó de un salto con suma gracia. Hacia un rato que caminaban juntos en el mayor silencio, cuando el extranjero lo rompió diciendo á la princesa:

—¿No os causa pena el tener que dejar el hermoso pais do habeis nacido?

—No lo sé, milord, respondió la princesa; desde ayer se suceden tantos raros acontecimientos en mi existencia, que estoy aturdida, y no tengo tiempo para pensar en nada.

—¿Ni aun en el príncipe Eduardo?

—A propósito, dijo la niña con su natural abandono; vos conocereis al príncipe Eduardo; ¿es bueno?

—Así se dice.

—Y.... ¿es bonito?

—No es feo, señora.

—Tanto mejor, con eso no me infundirá miedo.

Sonrióse el caballero, y luego continuó:

—¿Nada dejais en Toledo que os pueda hacer derramar lágrimas?

—¡Y mi noble hermano, milord, y mi cuñada, y mi querida Isabel, señora de Lara!

—¿Y no llevareis ningun recuerdo de alguno de esos hermosos y nobles donceles castellanos?

—Creo que no, dijo la princesa con sencillez.

—¿Y entre todos esos donceles y milores ingleses, no habeis visto á ninguno cuya imájen se interponga entre vos y el príncipe Eduardo?

Turbóse la niña, y luego respondió sonriéndose:

—De seguro no será la del conde de Cumberland.

—Vedle corriendo hácia nosotros, dijo el desconocido, designando con el dedo un grupo de caballeros que se acercaban á paso ligero; y metiendo espuelas á su bridon, desapareció por un pequeño sendero antes que la princesa hubiese adivinado su intencion de dejarla. Incorporada la princesa con el grueso de los cazadores, bien hubiera querido saber quien era aquel joven inglés que hablaba español como un español; pero no volvió á verlo, por mas que examinó los rostros de todos cuantos la rodeaban.

Algunos dias despues los enviados dieron la vuelta á Inglaterra, con la promesa de que en la próxima primavera se embarcaría Leonor de Castilla para unirse á su esposo.

VI.

A principios del mes de marzo de 1253, la señora de Lara

anunció á Leonor de Castilla iba á verificarse su casamiento con Eduardo III, y en efecto, tuvo lugar el enlace por poderes, é Isabel de Lara medio riéndose medio ceremoniosa dobló una rodilla en tierra, diciendo:

—Permitid, señora, que sea la primera en rendir homenaje á la noble esposa del príncipe Eduardo.

—¡Qué alegría! ¡qué satisfacción! dijo Leonor tristemente; ¡y luego dice que me quiere!

—¡Oh! ¿cuándo os he dado motivo para dudarlo? repuso la de Lara en tono de dulce reconvenccion.

—Hoy, ingrata, pues te alegras porque me vas á dejar.

—Si no os dejo, ¡señora Leonor! os sigo á la corte de vuestro esposo.

—¡Ojalá fueses sola!

—¿Qué decís?

—Que este casamiento me mata.

Y Leonor contó á la camarera la predicción del nigromántico, el regalo del brazalet que siempre llevaba atado al brazo, y el encuentro del desconocido en el bosque.

—Es preciso que le olvideis, señora, dijo Isabel haciendo la señal de la cruz: todo eso es obra del demonio.

—No, porque tiene las facciones de un angel.

—No importa, señora, es preciso olvidarle.

—¡Ay! procuro hacerlo, y algunas veces lo consigo de día; pero se me aparece en el sueño, y he pensado una cosa, que es muy malo casarse con un hombre cuando está grabada en el corazón la imagen de otro.

—Es preciso que os confeseis con el limosnero mayor: él es el único que podrá curaros de esa pasión insensata.

—Dios lo quiera, querida Isabel.

A los pocos días se embarcó la princesa para Inglaterra, donde fué recibida con todas las ceremonias de costumbre, saliendo á abrazarla la familia real. Eduardo se acercó á su esposa, que tenía clavados en tierra los ojos, y la dijo:

—¿Prometeis amarme, como lo manda la santa madre iglesia?

Leonor, sin alzar la vista, le dijo llorando:

—Señor, quisiera hablar con vos.... con vos solo.

Eduardo la llevó de la mano á un extremo del salón, y la niña le dijo:

—Señor, muchas veces las princesas son tristes víctimas de la política de los reyes: pedidme obediencia y sumisión; pero no exijais que os ame.

—¿Tan cruel es ese corazón? dijo el príncipe en tono chancero.

—¡Amo á otro, señor!

—¿Y quién es ese mortal? preguntó el príncipe apretando los dientes.

—No os enfadeis, señor, que no conozco al que amo: se hallaba entre vuestros enviados, cuando fueron á Toledo.

—¿Era un desconocido que se parecía á un nigromántico?

—¡Cielos! ¿cómo lo sabéis?... dijo la princesa cubriéndose el rostro con ambas manos para ocultar su rubor.

—Miradme, Leonor, dijo el príncipe con tierno acento.

La princesa alzó los ojos lentamente, y se quedó sorprendida al hallar en el príncipe al nigromántico y al desconocido del bosque. Besó con fervor el brazalete encarnado, y no pudo menos de exclamar con infantil alegría:

—¡Teniais razon en decir que el príncipe Eduardo no era feo!

Abrazóla su esposo con ternura, y la comitiva real se encaminó á la sagrada capilla, mientras las campanas y los victores del pueblo celebraban la llegada á Inglaterra de la noble princesa Leonor de Castilla.

TENORIO.

HISTORIA SAGRADA.

SABIDURIA DE SALOMON.

Las dos madres.

Salomon tomó posesion del reino de su padre, y su primer cuidado fué ejecutar las órdenes de David, castigando á Joab, el asesino de Abner.

Afirmado su poder, tomó en matrimonio á la hija del rey de Egipto.

Salomon amaba al Señor, y con frecuencia le ofrecia sacrificios, yendo por lo comun á los parages mas elevados, á las colinas y á los montes, porque no habia templos para los sacrificios.

Un dia se dirigió á Gabaon, y ofreció sobre el altar en que se hallaba mil hostias en holocausto.

Aquella noche se le apareció el Señor, y le dijo:

—«Pídeme lo que desees.»

A lo que respondió Salomon:

—«Habeis tenido gran misericordia de'mi padre David, mientras marchó por el camino de la verdad y la justicia y su corazon fué digno de vos. Además le conservasteis vuestra bondad dándole un hijo que hoy ocupa su trono.

«Habeis elevado á Salomon al puesto que su padre ocupó: pero no soy mas que un niño, que no sabe como obrar, y sin embargo me hallo al frente de un pueblo numerosísimo.

«Dadme, oh mi Señor, un corazón dócil, á fin de que pueda gobernar á vuestro pueblo y distinguir el mal del bien.

—«Me agrada tu deseo, dijo entonces el Señor, puesto que no me pides ni larga vida, ni riquezas sin medida, ni ruidosas victorias, sino la sabiduría, que ayuda á distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto.»

«He hecho lo que me has pedido, puesto que te he dado un corazón tan lleno de sabiduría é inteligencia que no ha habido hombre que te iguale, ni lo habrá despues de tí.

«Mucho mas te he dado, porque te he colmado de riquezas, circundándote de gloria. Así pues, si caminas por el sendero de la virtud, si cumples mis órdenes y mis preceptos, ni mas ni menos que tu padre, te daré aun larga vida.»

Salomon despertó, y pensando en el sueño que acababa de tener, fué á Jerusalem, se presentó ante el arca de la alianza, y ofreció víctimas al Señor, dando un magnífico festin á todos sus servidores.

Entonces se le presentaron dos mujeres de mala conducta, exclamando la una:

—«Justicia, Señor! justicia en nombre del cielo! Esta mujer y yo viviamos en una casa, y yo he parido en el cuarto en que ella se hallaba, el mismo en que tres dias despues dió á luz un niño.

«Estabamos solas en esta casa, y nadie ha entrado en ella.

«El hijo de esta mujer ha fallecido en la noche pasada, porque lo ha ahogado durmiendo.

«Cuando despertó, vió á su lado ya sin vida el cadaver de su hijo, y levantándose en silencio en tanto que yo dormia, se acercó á mi lecho. Conociendo entonces que un sueño profundo me impedia oponerme á sus odiosos proyectos, me robó á mi hijo, poniendo en el sitio que ocupaba el cuerpo de su niño.

«Al despertar esta mañana, quise dar de mamar á mi hijo; ¡pero ay! estaba muerto!... Creí que era el mio, y rompí á llorar, porque perdía mi consuelo, mi felicidad, mi vida. Cuando la luz del dia penetró en la habitacion, quise mirar de nuevo al que habia querido tanto, y entonees, Señor, conocí que aquel niño no era el mio.... Oh! os lo suplico encarecidamente, volvedme mi hijo por piedad, no me arrebatéis el único bien que poseo en el mundo.

—Lo que dices no es verdad, respondió la otra mujer; tu hijo ha muerto, y el mio vive. Quieres quitármele para que ocupe el lugar del que has perdido.»

Ambas sostenian con enerjía sus pretensiones, y hacia un rato que disputaban, cuando dijo el rey:

—«Que me traigan una espada.»

Luego que la vió en sus manos dijo á sus guardias:

—«Estas dos mujeres sostienen que este niño es suyo, y no sabemos cual de ellas tiene razon: cortad pues por la mitad al tierno infante, y divididlo entre ambas.»

Entonces dijo la una:

—«Corriente; que no sea de ninguna, pero que lo partan.»

La otra se arrojó á los pies del rey, exclamando con desesperacion:

—«Por Dios, Señor; perdonad á mi hijo! Oh! por piedad, no le mateis.... Dadle este niño, pues mejor quiero verle en sus brazos que causar su muerte. Señor, tened misericordia; quitadme á mí la vida, pero que no muera mi hijo!»

Salomon comprendió entonces que esta mujer era la verdadera madre del niño, y mandó que se lo diesen.

Cuando el pueblo de Israel supo la sentencia de Salomon, concibió gran respeto hácia él, porque vió que le animaba la sabiduría divina.

Construccion del templo.

Reinaba Salomon en todo Israel, teniendo bajo su dominio todos los reinos desde el rio Eufrates hasta el país de los Filisteos y la frontera de Egipto.

Ilustres extranjeros, llevados de la fama de su sabiduría y su prudencia, iban á verle, é Hiram, rey de Tyro, envió algunos de sus servidores, para que le felicitasen en su nombre por haber sido consagrado rey en lugar de su padre, de quien siempre fué amigo Hiram.

Salomon dijo al rey de Tyro, y en su ausencia á los enviados:

—«Ya sabeis cual era el deseo de David mi padre, y que no pudo elevar un templo al Señor á causa de las incesantes guerras que le amenazaron, hasta que Dios exterminó á sus enemigos.

«Ahora, por la gracia del Señor, estoy en paz con todos los pueblos que me rodean, y no tengo ni un solo enemigo que ose levantarse contra mí.

«Voy pues á edificar un templo consagrado al Señor, para ejecutar lo que ordenó á mi padre cuando le dijo: «tu hijo, á quien sentaré en el trono de Israel, elevará una casa donde se glorifique mi nombre.

«Dad orden, por consecuencia, á vuestros servidores para que corten cedros del Líbano, y yo les daré por ellos la recompensa que me pidais, porque, bien lo sabeis, en mi reino no hay nadie que sepa labrar el cedro como los habitantes de Sidonia.»

Hiram supo con placer los proyectos de Salomon, y respondió:

«Ejecutaré con gusto cuanto querais; mis servidores llevarán la madera de cedro y de aloe á la orilla del mar; la haré colocar en balsas que las transportarán al sitio que me indiques, y allí se verificará el desembarque, poniéndola á vuestra disposición.

«Solo os pido por todo esto que mantengais á la gente que empleo en estas faenas.»

Salomon le envió todos los años veinte mil medidas de trigo candéal y otras tantas de aceite muy puro, por las cuales dió Hiram toda la madera que fué necesaria.

Treinta mil hombres fueron escogidos por Salomon para que fuesen á ayudar á los servidores del rey de Tyro en sus trabajos allá en el Líbano.

Setenta mil peones dirigian el peso de la obra, y noventa mil trabajadores cortaban la piedra, vigilados por tres mil trescientos sobrestantes, que les daban órdenes.

Dióse principio al templo del Señor cuatrocientos ochenta años despues de la salida de Egipto, al cuarto del reinado de Salomon, terminándose el edificio á los siete años de haber puesto los cimientos.

Tenia el templo setenta codos de extension, veinte de ancho y treinta de altura.

Empleáronse en él piedras cortadas y pulidas, de suerte que no se oyó el ruido del martillo ni de la sierra, ni de herramienta alguna durante la construccion.

Las paredes del templo, desde el pavimento hasta la techumbre, cubriéronse con madera de cedro, empleando minuciosa labor en las juntas de los fragmentos, y adornándolos con esculturas y molduras. Luego que estuvieron concluidas, el rey hizo ir á trabajadores extranjeros, diestros en labrar el bronce, y que llenaron su palacio de sus obras admirables. Habia, entre otras, columnas hechas á cincel con arte prodigioso, y una gran copa de bronce de diez codos de circunferencia, llamada *el mar de cobre*, y destinada á contener el agua con que los sacerdotes se lavaban los pies al entrar en el templo.

Esta mar de bronce estaba sostenida por doce bueyes, que solo mostraban la cabeza y la parte anterior del cuerpo.

El oráculo, colocado en medio del templo, y que debia contener el arca de la alianza, estaba cubierto de oro muy puro, así como la parte del templo situada al frente.

Salomon puso sobre el oráculo querubines, cuyas alas estaban adornadas de oro.

Llenó todas las paredes de molduras y esculturas que representaban ángeles y palmas, y además de pinturas que parecian destacarse del fondo, y salir de sus marcos.

El enlosado del templo, tanto por fuera como por dentro, cubrióse con oro, y despues de construir este edificio maravilloso

para glorificar al Señor, Salomon levantó para él un palacio, en cuya construccion se empleó el oro, los metales mas preciosos, las maderas mas raras y las piedras mas hermosas.

Los trabajadores de Tyro hicieron otros muchos vasos y adornos para el templo, siendo fabricado por ellos todo cuanto debia servir en la casa del Señor.

El altar y la mesa sobre la cual se exponian los panes, los candelabros y las lámparas, las vinageras, las copas, los morteretes y los incensarios, todo esto era de oro puro.

Dedicacion del templo.

Cuando todos estos trabajos estuvieron concluidos, todos los ancianos de Israel, con los principes de las tribus y los jefes de las familias, se reunieron, y fueron á Jerusalem en busca del rey Salomon, para transportar el arca de la alianza del Señor.

Los sacerdotes tomaron el arca, y la llevaron con el tabernáculo de la alianza y los vasos del santuario.

Salomon iba delante de ella con todo el pueblo.

Solo habia en el arca las tablas de piedra que Moisés puso en ella en Horeb, cuando el Señor hizo alianza con los hijos de Israel, despues de la salida de Egipto.

Volviéndose el rey al pueblo reunido en rededor suyo, dijo:

«Bendito sea el Señor, Dios de Israel, que habló á David mi padre, y que con su inmenso poder ha ejecutado las promesas que hizo cuando dijo: «Desde el dia en que saqué de Egipto á mi pueblo de Israel, aun no habia escogido poblacion para que se me levantase un templo que llevara mi nombre, y no habia elegido un hombre á quien confiar el gobierno de mi pueblo; mas ahora escojo á Jerusalem por ciudad donde quiero que mi nombre sea adorado, y á David para que sea rey de Israel.»

«Mi padre quiso elevar un templo al Señor; pero á mí me estaba reservada esta gloria.»

Entonces colocándose delante del altar, Salomon alzó las manos al cielo, implorando para su pueblo y para él la bendicion de Dios omnipotente. Inmoló en seguida veinte y dos mil bueyes, y ciento veinte mil ovejas que ofreció en holocausto al Señor. Esta fiesta, á que asistió todo Israel, duró catorce dias.

Al cabo de ellos, el rey envió á su pueblo á sus labores, y y partió bendiciendo al Señor y con el corazon lleno de alegría por los bienes que Dios le habia concedido, acordándose de David, su siervo.

LAS DOS BUJIAS.

Fabula.

«Querida y dichosa hermana,
Cómo envidio tu destino!
Tú brillas....

—Qué desatino
Envidiar mi suerte insana!

A qué, en la sombra escondida,
Buscas ay! la claridad?
Para tí es la oscuridad
No la fortuna, la vida.

Aunque el ambiente perfume,
Mas venturosa tú eres....
Porque no brillas no mueres;
Porque brillo me consumo!»

TENORIO.

ACCION DIGNA DE ELOJIO.

Ningun habitante del mediodía de España puede formar idea exacta de esos huracanes terribles que en el otoño se levantan de repente en los Pirineos. Algunas veces parece que se abren todas las cataratas del cielo, trasformándose las negras y apiñadas nubes en anchos é impetuosos rios que causan do quiera la devastacion y la muerte. En los valles, sobre todo, cercanos á las cadenas de montañas, son mas funestos semejantes turbiones, porque cuando la tempestad comienza á rugir ha principiado ya á descargar, y no es posible en muchos puntos retirar los ganados.

En octubre de 1842 estalló de repente un furioso huracan en las cercanías de Zugarramurdi: por algunos instantes el cielo apareció inflamado, y del seno de las sombrías nubes, que parecian querer tocar la tierra, se desprendian sin cesar pro-

longados relámpagos que abrasaban el horizonte, mientras el zumbido de los vientos, repetido por el eco de las montañas, se mezclaba al continuo rebramar del trueno, atemorizando á los infelices moradores de las aldeas.

Un anciano llamado Francisco Gardarriá, que habia perdido á su hija y á su yerno, tenia á su cuidado dos nietos, Mauricia, de nueve años de edad, y Felipe, que ya contaba diez. Estos dos huérfanos, que desde por la mañana habian ido á una heredad contigua, donde su abuelito tenia unas vacas, debian haber sido sorprendidos por la tormenta en medio del valle, y el aflijido anciano lloraba amargamente, diciendo con voz cortada:

—«¡Dios mio! tomad mi vida y salvad á mis pobres niños.»

De vez en cuando intentaba, aunque inútilmente, cruzar el camino invadido por las aguas; pero varios impetuosos torrentes, rodando desde la cima de los montes, se lanzaban hácia el valle tronchando árboles seculares, y arrancando enormes pedazos de rocas. Pronto llegó el agua á las primeras casas de la aldea, y los vecinos tuvieron que retirarse con sus ganados á las mas inmediatas eminencias, arrastrando al desesperado Gardarriá que queria correr en busca de sus nietos, ponerlos en salvo, ó perecer con ellos.

Entre tanto, apenas empezó á relampaguear, Felipe y Mauricia abandonaron la heredad precipitadamente, y llegaron con sus vacas á poca distancia de la aldea; pero se vieron envueltos por un mar furioso, cuyas corrientes giraban por todas partes en el estrecho valle que habian invadido. No tardó mucho en verse desde la colina á los pobres niños agarrados de la mano y luchando contra la violencia de las aguas, cada vez mas enrespadas.

«Animo, Mauricia! decia Felipillo; si logramos llegar á aquel arbol que está delante de nosotros, nos salvamos: tu te subirás sobre mis hombros, y alcanzarás las ramas; en seguida treparé yo como pueda, y allí esperaremos á que pase la tormenta.»

Hallábanse los desgraciados á cien varas del árbol de que Felipe habia hablado, cuando cediendo aquel á la violencia del torrente, cayó en las espumosas olas, las cuales lo arrastraron como si fuese una pluma.

«Dios mio! exclamó la niña; no puedo sostenerme.»

Su hermano la cogió en brazos y procuró transportarla; pero sus fuerzas no correspondian á su valor, y no tardó en caer hundiéndose ambos. De repente una joven de quince años llamada Fermína Zulaya, llevada de un entusiasmo sublime, sale del sitio á que se habian refugiado los habitantes de la aldea, y se dirigió al valle, asiéndose de los troncos de los árboles y de las puntas de las rocas: dos veces es derribada por la violencia de la cor-

riente y dos veces se levanta, hasta que al fin alcanza á la pobre Mauricia que habia perdido el conocimiento; la coge, la traslada á los brazos de su abuelo, y arrojando de nuevo el peligro con igual ardor, se encamina hácia el muchacho á quien iba arrastrando la corriente, le coge de los cabellos, le conduce así á un cerrillo donde el agua no desplegaba tanta violencia, se lo echa al hombro, y lo pone junto á su hermana.

No es posible pintar la alegría del buen anciano, cuando sus dos niños, luego que recobraron el uso de los sentidos, fueron á arrojarse en sus brazos: lloraba de gozo, y queria dar gracias á la animosa jóven; pero la alegría le sofocaba, y yendo hácia ella con los brazos abiertos, la estrechó contra su corazón sin pronunciar una palabra.

Uno de nuestros corresponsales, testigo de este suceso, nos ruega que consagremos un recuerdo en el *Mentor* á la osada á la par que benéfica Fermina Zulaya, y nos apresuramos á complacerle con el mayor gusto, suplicando á nuestros amables lectores no olviden la conducta de esa jóven aldeana.

